

UN CENTENARIO, UNA PLAZA, UN EDIFICIO Y UN ARQUITECTO (*)

POR CARLOS GARCÍA FERNÁNDEZ

En este año, y el día 17 de marzo, se ha cumplido el centenario del Decreto de igual día del siglo anterior por el que el Ministro de Hacienda, don José Echegaray, más tarde Premio Nobel por su obra dramática, se propuso crear bajo la base del Banco de España una nueva potencia financiera que viniese en ayuda de la Hacienda Pública sin desatender por esto sus funciones de banco de emisión.

Por el Decreto se estableció la circulación fiduciaria única, «en sustitución de la que pudiera llamarse circulación fiduciaria provincial», y se dio a los bancos de emisión que existían en varias provincias un corto plazo para optar por su anexión al de España o su liquidación.

Entre estos bancos provinciales había uno en Sevilla que llevaba el nombre de la ciudad, y que tras algunas vacilaciones optó por la anexión, no en el plazo fijado en el Decreto, sino en una prórroga que se dio más tarde al mismo.

El Banco de España estuvo primero representado en Sevilla por el banquero, agricultor y ganadero de reses bravas don José María de Adalid, su corresponsal, cuya familia ha vivido hasta hace muy poco en la calle de Placentines.

Al establecerse sucursales, conforme lo preveía el artículo sexto de la disposición legal mencionada, abrió la de Sevilla

(*) Leído en la sesión ordinaria de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras celebrada el 28 de junio de 1974.

primeramente en la calle de Estrella en una casa que se amplió, por compra de la inmediata, pasando a tener su entrada por la calle de Pajaritos. Esta calle, durante un largo período de tiempo, llevó el nombre de Montes Sierra, desde la fecha de su fallecimiento hasta 1936, en que resultó no grata la ideología del titular. Este don José Montes Sierra era un granadino establecido en Sevilla, por donde fue diputado republicano, banquero, Presidente de la Federación Deportiva y Consejero del Banco desde 1881 hasta su muerte.

Resulta curioso leer en la memoria del año 1875 el movimiento de la sucursal de Sevilla, que se abrió en 15 de febrero, y contemplar las cifras de aquella fecha.

El día de la apertura se hizo como cobro principal el de un millón, que llevó la viuda del señor Adalid, que trasladaba el dinero de la corresponsalía a la sucursal. De este millón se mandaron setecientas cincuenta mil pesetas a Madrid y el resto quedó para las necesidades de la plaza. Hay algún otro ingreso de la misma fecha y no se hizo en todo el día pago alguno.

Resultan ridículas estas cifras en relación con las de hoy. No debe olvidarse que el dinero de entonces tenía un valor enorme y un ilimitado poder adquisitivo, siendo muy pequeño el monto de la circulación fiduciaria. El término medio de ella en el año apenas pasaba de los sesenta y dos millones de pesetas en la central del Banco.

Para hacerse cargo exclusivo de la función emisora se compraron en Inglaterra y Alemania «las más perfectas máquinas» y se encargaron los modelos y planchas «a artistas inteligentes y probos» para evitar las falsificaciones que con anterioridad habían sido muy frecuentes.

Entraron en circulación tres series de billetes: de cuatrocientos escudos, de cien y de cincuenta, y «para atender a la demanda del reembolso y a la circulación monetaria, se compraron en Londres, situándose allí los fondos necesarios, a cambios ventajosos, pastas de plata hasta completar la cantidad acordada de cien millones de reales».

Es interesantísimo el balance que se une a la memoria y

repetimos que las cifras eran cortas pero verdaderamente sólidas.

Así inició sus actividades en Sevilla el Banco de España en su nueva condición de nacional, bajo la dirección del Excelentísimo Sr. D. Mario de la Escosura, y así vivió en la calle de Pajaritos, hasta el día de la Purísima de 1928, más de medio siglo.

De nuestros primeros recuerdos hispalenses, que corresponden a agosto de 1917, uno de ellos es la Plaza de San Francisco, que conservaba aún en la parte sur el edificio grande de soportales comprendido entre las calles Cabo Noval y la entonces nueva de Cánovas del Castillo, a la que la gente seguía llamando de Génova.

Bajo los soportales pululaba una abigarrada mezcla de personas de diversas profesiones y de ociosos, que desbordaba de ellos y salía a la acera. Vendedores de periódicos, puestos de agua, revendedores de localidades, herbolarios y memorialistas. Estos suplían el analfabetismo de sus clientes, en su mayor parte soldados y mozas de servicio, permitiéndoles gozar de las delicias de la correspondencia, casi siempre amorosa. Había también vendedores de los apodados sacamuelas, que, a toque de campanilla, pregonaban infalibles específicos para todos los males.

Un variado mundo que se repetía y duró varios años más en la plaza de Villasís en los alrededores de aquel puesto de churros, llamados calentitos, de que hablan los hermanos Quintero en «La mala sombra»: «—Paro en el puesto de clientes de la plaza de Villasís, pero a veces con el humo no se me ve».

No nos alejemos de nuestra plaza, entonces llamada de la Constitución, y que ha sufrido en sus denominaciones todos los avatares de la política, pero a la que el pueblo sigue llamando por el nombre del santo.

En esta plaza es sabido que se celebraron autos de fe y sobre ello se han escrito no pocos trabajos, y también duraron en ella las ejecuciones capitales hasta mediados del siglo die-

cinueve. Baroja, con su clásico realismo, describe una en la novela «Los pilotos de altura».

Recordamos unos quioscos y aquellos tranvías antiguos todavía no pintados de amarillo, sino en su color de madera, de plataformas abiertas a la intemperie y con la estrepitosa campana de mano.

La integridad de la plaza duró poco. La piqueta empezó a morder en aquella manzana, que quedó en poco tiempo totalmente derribada, permaneciendo unos meses un trozo que servía de cochera a los bomberos. Allí se veían dos anacrónicas bombas y unos caballos de tiro, cuya intervención en los frecuentes incendios era poco eficaz, ya que no lograban dar con el agua apetecida.

«Los bomberos retiraron las bombas por falta de presión en el agua». Esto, que parece inconcebible, era así, y en los grandes fuegos de la Audiencia, de Abascal y de la calle Amor de Dios tuvieron que realizar su trabajo en seco, con palas y picos, lo que hacía más arriesgada la tarea.

La prensa de aquella época puede dar fe de lo que quedó en nuestra memoria para siempre.

¿Por qué se derribaban aquellas casas? Sencillamente el Banco de España las había adquirido por escrituras otorgadas en febrero de 1917 ante el Notario don Mariano de la Sota y de la Lastra.

Hemos vuelto a ver y repasamos con frecuencia viejas fotografías, estampas y litografías, una de ellas reproducida en el salón de fiestas de un gran hotel, que remueven este infantil recuerdo en el que se conservan los caracteres de la plaza tal como fuera y antes de que inevitables ensanches variasen su fisonomía.

Se iba a construir una nueva sede para el banco oficial. Hubo diversos tanteos hasta el punto de estar concertada la compra del palacio de los Guzmanes en la plaza del Duque, donde hoy está instalado un enorme almacén moderno.

Orientó la cosa hacia la plaza de San Francisco, siendo



PRIMITIVO PROYECTO DE BANCO DE ESPAÑA

ficultades para la cimentación por la gran manta de agua que se encontró en el subsuelo y que no había forma de secar ni reducir. Los constructores vencieron esta dificultad, realizando una sólida base de cimientos y sótanos, al término de la cual cesaron por haberse disuelto la empresa.

Tras otras adjudicaciones a contratistas que no llegaron a actuar vino la empresa, entre aragonesa y navarra, Vías y Riegos, S. A., que terminó el trabajo, procurando con su celeridad mitigar los enormes retrasos padecidos.

El autor del proyecto dirigió toda la obra con la colaboración del señor Astiz, llegándose al anhelado término.

Así se pudo hacer el traslado el día de la Inmaculada de 1928, en una original caravana que hubo de dar tres viajes, pues sobre todo la moneda metálica, entonces en pleno auge, especialmente la plata, pesaba y abultaba no poco. Daban escolta al transporte un teniente de la Guardia Civil, varias clases y treinta números, y al frente iban los claveros, depositarios de las tres llaves que han de accionar simultáneamente para abrir y cerrar la caja reservada. Sin que tengamos cifras exactas, sabemos que entre oro, plata, calderilla, billetes y valores, se transportaron más de quinientos millones de pesetas.

La inauguración fue sencilla. Se aprovechó que la Purísima iba unida a un domingo y así se cerró normalmente un día hábil en la calle Pajaritos y al siguiente se abrió en la plaza de San Francisco.

Las opiniones se dividieron ante el clásico trazado del edificio y se originó una fuerte polémica entre partidarios y detractores. El transcurso de los años ha hecho reconocer a todos que el conjunto construido con materiales nobles es señorial y magnífico, perfectamente adecuado a su destino.

El Profesor Hernández Díaz, al que hemos preguntado su opinión, nos dice que es un palacio de noble traza, muy conseguido, pero algo discrepante de los otros dos inmediatos: Audiencia y Ayuntamiento.

Otras muchas obras deja don Antonio Illanes del Río, como la casa de Aurora, el Colegio de Porta Coeli, el estadio de

Heliópolis, etc.; todas ellas le acreditan como arquitecto competente y artista. Era también un hombre sencillo que rehuyó la ostentación y los honores y sólo aceptó ser elegido académico de la de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría y más tarde, por imperativo profesional, Decano del Colegio Regional de los de su profesión. En todas partes dejó rastro su señorío, su rectitud y su hombría de bien.

En estas notas deseamos conjugar, al lado de unos recuerdos locales, para nosotros de alto valor afectivo, un pequeño homenaje a la primera institución bancaria del país, que a lo largo de más de un siglo mantiene una trayectoria ejemplar y ha prestado singulares servicios en momentos difíciles a la Patria.

Recientemente, al celebrarse el centenario en Madrid, acudió de modo oficial y solemne el Jefe del Estado a la sede social de las calles Alcalá y Paseo del Prado. Al suntuoso palacio levantado sobre el antiguo del Duque de Sexto, el famoso Pepe Alcañices, uno de los paladines principales de la Restauración y amigo íntimo de Alfonso XII, rey que puso en 4 de octubre de 1884 la primera piedra del Banco de España.